

hordas, de tribus y de castas, apenas desprendido del limo asiático, poder formidable aunque de indeterminados contornos, se pone en contacto violento con el mundo europeo y acudillado por su *tsar* luminoso y sangriento, atrofia al reino medio-eval de Polonia, en espera de reparárselo á pedazos con sus voraces vecinos (acto de canibalismo internacional) arrebatada á los turcos las desembocaduras de los ríos rusos en el Mar Negro, y al abrir camino á la cultura europea en el gran respiradero del Báltico, ahoga para siempre el poder militar escandinavo. 4. Mientras así cambiaba el mapa de la Europa trasalpina, la Gran Bretaña, nación de límites precisos desde los tiempos medios, engendra una hija vigorosa en América, que pronto se emancipa, y se desposa con el progreso. En su interior y, al par de su exclusivista oligarquía rural constituida en pleno siglo XVIII, incubada al calor de los hornos de las grandes industrias, hijas de la ciencia, una población, una Inglaterra nueva, de donde arranca la acción real de la democracia, y estos dos elementos comenzarán esa serie admirable de transacciones y modificaciones que retirarán á más allá del siglo actual la disolución de la oligarquía. Esta evolución nunca llegará á acaecerse tanto, hasta hoy al menos, que pueda trocarse en revolución; que esta no es más que una evolución desbocada. 5. Esto si sucedió en Francia; el absolutismo, ansioso de deshacer sus límites y de transformar la unidad en uniformidad, cambió, ya lo sabemos, la oligarquía feudal en domesticidad rigurosamente reglamentada y espléndidamente pagada, y al mismo tiempo privó al poder eclesiástico del carácter de servicio público libre, si no independiente, que había tenido. De lo que resultó una nación nivelada en masa á los pies de un amo. 6. Pero este amo lo despillará todo, primero en la guerra y luego en el placer, y el desorden agotó las fuerzas vivas de una nación de instinto económico maravilloso. Entonces el absolutismo empezó, por su propia virtud, á ser lo contrario de un gobierno, á no poder garantizar nada, á no poder ordenar nada. Los gobernados, obligados á cuidarse á sí mismos, se van poniendo de pie, examinan, calculan, piensan. 7. Los progresos intelectuales del siglo que vió crecer prodigiosamente el tesoro de la ciencia y comprendió su inmensurable poder de renovación industrial, y el espíritu clásico, eminentemente generalizador y deductivo, convergen en todas las conciencias ilustradas de los europeos y encienden en ellas la idea de que nada hay legítimo que no esté conforme con la razón pura, que nada en la religión, en las instituciones, en las

costumbres, que no esté conforme con esa razón pura, tiene derecho á subsistir, y, dando de mano las tradiciones históricas, todos se alistan para practicar esta rectificación gigantesca. 8. Si en Francia esta *rectificación* fué una *revolución*, se debió principalmente á dos grandes causas: 1.º al carácter nacional que impulsa á aquel gran pueblo, con batalladora furia, á procurar la realización instantánea del ideal concebido; 2.º á la impotencia incurable del absolutismo para reparar los males que había causado, para resistir á las exigencias de la opinión de los salones, que en el mundo de las ideas lo habían disuelto todo y pretendían rehacerlo todo, y para reducir al orden al pueblo entero, indisciplinando por el hambre y la desesperación y enajenado por los ensueños de inmediata ventura que los ilusos de la filosofía prometían en sus panaceas literarias. De aquí el vértigo. 9. Así se explica por qué la Revolución francesa amalgamó por tal extremo, que aún hoy es difícil hacer el *apartado*, la justicia y la iniquidad, la verdad y el error, el patriotismo y la traición, lo sublime y lo atroz, los derechos del hombre y la guillotina, la vida y la muerte.

## LA REVOLUCION FRANCESA.

(1789-1799).

*Subdivisiones: La nación Soberana.—La nación armada, la República, La Convención.—El Directorio.*

## LA NACION SOBERANA.

(1789-1791).

1. Los Estados generales.—2. La Asamblea Nacional y la Constituyente.

1. Una procesion fastuosísima en que la Corte, la nobleza y el alto clero lucian sus espléndidos arreos y el *tiers état* se presentó austera-mente vestido de negro, una sesión presidida por el rey en toda su magnificencia, inauguraron en Versalles los Estados generales. Un simple hecho puso de resalto la inmensa transformación verificada en

siglo y medio; los diputados populares hablaban al rey de rodillas en el siglo XVII; ahora en medio de la estupefacción general, al sentarse el rey y cubrirse, los diputados se sentaron y se cubrieron también. La Corte quería que los Estados sólo se ocuparan en votar los tributos nuevos; el Estado llano quería legislar, quería el poder, sus individuos sentían inusitada fuerza en ellos, se creían, y lo eran, representantes del nuevo soberano, la opinión; en ellos la patria se convertía en nación; por eso lo osaron todo y todo lo lograron. Venciendo la resistencia del alto clero y la nobleza, á moción de Sieyés, el *tiers*, por representar las 96 centésimas partes del pueblo francés, se erigió en 17 de Junio en Asamblea Nacional y tomó medidas para impedir su disolución, garantizar la deuda y proveer á la subsistencia del pueblo. El rey que se ocupaba en cazar, y que en aquellos días en que se sorteaban los destinos de la monarquía, apuntaba en su libro de memorias los incidentes de sus cacerías, indiferente é inerte ante un peligro que amenazaba arrancarlo de sus hábitos, el rey, obligado por la reina y por la Corte, se decidió á dar un golpe de Estado. Se trató de impedir á los diputados reunirse; éstos lo hicieron en un salón público, *el Juego de Pelota*, y ahí juraron con inmensa efusión no separarse hasta no haber constituido á la nación. La Corte hizo otro esfuerzo y el rey, en una sesión regia, ordenó á los representantes que se disolviera la Asamblea, restituyendo en sus prerrogativas á los cuerpos privilegiados, que no se variase el sistema de impuestos, etc. Y como terminada la sesión los diputados continuasen reunidos en Asamblea, un maestro de ceremonias intentó disolverlos, retirándose aterrado ante un apóstrofe fulminante de Mirabeau. "Sois hoy, agregó Sieyés, lo que erais ayer; deliberemos." El príncipe de Orleans y una parte de la nobleza y el clero se unieron á la Asamblea.—Crecía el peligro, la eferescencia era general; en Paris hambriento y loco, tocaba el paroxismo; la reina, alma desde entonces de la conjuración, pero obstruída en sus deseos por la masa bondadosa del rey, hizo aglomerar entre Versalles y Paris los regimientos extranjeros al servicio del monarca, alemanes y suizos; la Asamblea tomó entonces el título de *Constituyente*, y pidió el alejamiento de las tropas; el rey contestó expulsando á Necker, favorable á la Asamblea, y mientras ésta daba al ministro caído un voto de gracias, en Paris estallaba insurrección formidable; los oradores excitaban al pueblo en las plazas y encrucijadas, hombres de acción y de sangre organizaban y armaban de picas al ejército de la

revuelta, tres días tocaron las campanas arrebató, las guardias francesas fraternizaban con el pueblo, y el 14 de Julio, en un raptó de entusiasmo, el pueblo decidió y ejecutó con sorprendente audacia un acto, pedido por todos los programas electorales, la destrucción de la Bastilla, de la fortaleza en que se encerraba á los ciudadanos por orden del rey, sin juicio, sin sentencia; del símbolo siniestro que significaba que la libertad individual estaba á merced de un hombre. Por desgracia el pueblo manchó de sangre su victoria; pero el pueblo no se dirigía más que por instintos y sentimientos; la razón, la reina del mundo según los filósofos, se disolvía y desaparecía entre el humo y los gritos de la pelea. Francia y Europa entera saludaron con júbilo aquel acto de suprema energía. Ese día el absolutismo había concluído en Francia; la Corte, asustada, retiró sus fuerzas; los príncipes y los nobles emigraron en dorados enjambres huyendo de la tormenta, y la Asamblea se sintió dueña de todo; ya tenía la fuerza; Paris era su ejército.

2. Con los colores de Paris (azul y rojo) y el blanco del estandarte real, hizo la Revolución su bandera, que pronto flameó sobre todas las ciudades y aldeas de Francia y en manos de las milicias nacionales, cuyo jefe fué el joven marqués, entusiasta adorador de la libertad, el compañero de Washington, el prodigiosamente popular Lafayette, el verdadero rey, decían irónicamente los cortesanos jay de los reyes coronados por las caprichosas simpatías del pueblo; ó son sus esclavos ó sus víctimas!—El desorden, el desgobierno general habían hecho normal la anarquía; por todas partes se levantaron bandas armadas, como las *jacqueries* del siglo XV, que saqueaban los castillos, los destruían, quemaban los archivos en donde constaban los derechos del señor feudal contra el vasallo, y sembraban el terror por todos los ámbitos del país. La Asamblea, ante esta insurrección brutal y justa contra la opresión de los feudales, que había dejado de ser política, para convertirse en puramente social, resolvió tomar una decisión soberana; mas los representantes de la nobleza, penetrados profundamente de aquel gigantesco movimiento de renovación, se adelantaron, en la noche del 4 de Agosto renunciaron á sus títulos y á sus derechos feudales, y con un ardor creciente de generoso civismo, las ciudades, las provincias, renunciaron también á sus privilegios; por fin la Francia *una* surgía. Demos gracias á Dios, exclamaba el arzobispo de Paris, y aquella noche se llevó con ella, dice Michelet, el sueño inmenso y penoso de mil años de edad-media.

Todo esto avivaba hasta el delirio convulsivo las ilusiones de aquella multitud, cuyo cerebro, debilitado por el hambre, padecía horrosas alucinaciones, y que veía en todas partes monopolizadores del trigo, y saqueaba y mataba; y como los decretos de la Asamblea no eran pan, la irritación crecía y la miseria se convirtió en la imaginación de aquellas feroces turbas en un complot tramado por la reina (la austriaca) y sus secuaces. El populacho de París amotinado y loco de rabia y de hambre se trasladó á Versalles, en donde la reina había tenido la suprema imprudencia de animar con sus sonrisas y sus lágrimas algunas manifestaciones de la oficialidad contra-revolucionaria, y después de asaltar el palacio y amenazar la vida de los reyes, se los llevó en rehenes á París (Octubre, 1789).

La Asamblea, en medio del enorme ejército de la insurrección casi permanente de París, y casi siempre bajo la presión de las masas exaltadas y de los fanáticos que las guiaban, seguía elaborando la Constitución. Los individuos que la componían eran, en su mayor parte, idealistas puros. Todos sus precursores lo habían sido; todos tenían confianza ciega en la razón, todos procedían, como los geómetras, deductivamente; por ejemplo, hé aquí un axioma, el pueblo es soberano, y como el soberano no puede tener dos voluntades, no puede haber dos Cámaras; esto es matemático, pero no es ni real, ni social. Sin embargo, en estos idealistas había dos corrientes; la que hacía algún caso de la historia propia y extraña, esta escuela procedía de Montesquieu y los economistas, y la que todo lo subordinaba á la razón pura, al derecho absoluto, esta era la escuela de Rousseau. La primera, la reformista, había fracasado con Turgot, ya lo vimos; entonces triunfó y se enseñoreó de los ánimos la segunda, que se fundaba en las lucubraciones del *Contrato social*, programa ideal, trazado por Rousseau para Ginebra, su patria, y que de estos dos principios: los hombres son iguales, el pueblo es soberano, infería lógicamente una serie de proposiciones de valor puramente verbal, que él emitía como principios eternos de legislación. (V. sobre la filosofía política de Rousseau los análisis de Taine y el penetrantísimo del gran liberal inglés Morley). Y no podía ser de otra suerte; los legisladores de 89 no podían ver las cosas de otro modo; los males eran de tal naturaleza, de tal magnitud, que los remedios tenían que ser radicales, y ¿qué remedio más radical que destruirlo todo y poner en su lugar algo absolutamente distinto? ¿Y qué cosa lo era más que afirmar con Juan Jacobo que los hombres nacen libres é iguales, que el pacto social concluído entre ellos había sido constantemente violado y que era preciso volver al estado natural, porque los derechos del hombre eran inalienables é imprescriptibles, y el olvido de esta verdad era lo que únicamente podía haber dado vida á todas las formas del régimen antiguo? ¿Y cuáles eran estos derechos? "La libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia á la

opresión" (art. 2.º de la Declaración). Palabras elásticas y vagas, que no podían reducirse á reglas legales sin que surgiesen las condiciones, las trabas, las imposibilidades que nulificaban su carácter absoluto.—Pero en cambio ¿qué bien se adecuaba este modo de ver á la aspiración de todos los pensadores; qué bien estas ideas, que con razón se llamaron dogmas y que fueron puestas bajo los auspicios de Dios mismo, respondieron al infinito anhelo de justicia y de felicidad que se encendía en el corazón de las masas; cómo formaron así una religión nueva, la que debía dar á la Revolución la indómita energía con que había de luchar y de vencer! ¿Por qué? Porque eran un ideal. No tenían ninguna verdad en lo pasado; pero la libertad, la igualdad, conquistas laboriosas y dolorosas de la civilización, tomaban forma repentina ante los ojos del alma, revelaban el punto de llegada de las líneas convergentes del progreso humano y hacia ellas marchó Francia, cantando la Marsellesa y á la sombra de su bandera nueva, y todos los pueblos civilizados se levantaron y la siguieron.

Fueron proclamados solemnemente los derechos del hombre, lo que indicaba que la Asamblea se consideraba como legisladora directa de Francia é indirecta del mundo; esto obedecía al carácter nacional; desde el siglo XI, ya se notan en la literatura francesa las dos tendencias que al fin del siglo XVIII dominaban los ánimos, la de la unidad y la de la expansión; Francia, desde entonces, se creía llamada á ejercer una hegemonía moral sobre Europa (v. *G. Paris*. La poesía en la Edad media). Después siguieron los pasos de gigante de la Revolución: la nacionalización de los bienes eclesiásticos, que era justa, fué el primero; pero fué más allá: inspirada por la pasión, si no antireligiosa, sí anticatólica, que heredaba de toda la filosofía del siglo, se decidió á constituir la iglesia de Francia sobre bases democráticas, emancipándola de Roma casi y la Asamblea se volvió Concilio; además, obligó á los clérigos á jurar esa constitución ó á ser considerados como refractarios y enemigos del orden público; esta obra de intolerancia, tan en contradicción con la libertad religiosa proclamada, provenía de que la Asamblea, heredera inconscia del régimen que pretendía matar, no había hecho más que sustituir á un absolutismo, otro; era un Luis XIV colectivo y demagógico. Fué la *Constitución civil del clero* un error inmenso; él acabó con las vacilaciones de Luis XVI y lo convirtió en mortal enemigo de la Revolución; él provocó la guerra, menos realista que religiosa de la Vendée; él hizo de la monarquía y la religión una sola cosa, y el mal que ésto causó no fué inmediato, pero sí fué decisivo en contra de la Revolución; Napoleón, aclamado por las masas co-

mo restaurador del altar, fué la consecuencia de la Constitución mencionada.—Entretanto las federaciones patrióticas celebradas en las antiguas provincias, en odio al antiguo régimen, produjeron la espléndida federación total celebrada en París en el primer aniversario de la toma de la Bastilla; Francia y la Revolución ahí se unimismaron; lo están todavía.

La Constitución en obra, conservaba la monarquía, mas como una función subalterna, como una sombra; en realidad consagraba la omnipotencia del poder legislativo.

Mirabeau, que dominaba con su voz estentórea y su formidable elocuencia, aquella borrasca espantosa de ideas, de pasiones y de actos, se opuso. Hombre educado en todas las depravaciones, nutrido de todas las teorías (su excéntrico padre era un filántropo misantrópico, si cabe decirlo así), minado por todos los vicios, autor de libros y de aventuras escandalosas, político sagaz como ninguno, en medio de su existencia torrencial, Mirabeau fué el hombre de Estado, en la más alta acepción de la palabra, en aquella Asamblea; lo sabía todo y lo preveía todo, dice Mad. de Stael—y lo quería todo.—Mirabeau había contribuido á desencadenar la Revolución; en su concepto ya era preciso enfreñarla; la libertad civil quedaba conquistada, era preciso darle por garantía la libertad política, y para ello equilibrar el gobierno; el monarca, el poder ejecutivo, necesitaba ser fuerte. Este fué el plan del gran tribuno ya desarrollado públicamente ante la Asamblea en discursos que le preparaban frecuentemente sus colaboradores, pero que recibían de él la inspiración y el alma, ya secretamente ante la Corte, que los acogía, los pagaba, porque Mirabeau era una insaciable vorágine de dinero y de placer, y se estrellaban en la inercia del rey, en la desconfianza y la antipatía de la reina. Mirabeau conjuraba á detenerse á los unos, á arriesgarse á los otros sin miedo ni á la guerra civil, ni á la disolución de la Asamblea, porque pretendía hacer del rey el jefe positivo de la Revolución, teniéndolo á él por ministro y á Talleyrand por agente en el exterior. Si no, profetizaba el triunfo de la demagogia, la ruina del trono y el martirio de la familia real. No le hicieron caso; procuró la Corte envilecerlo por medio del dinero, ya que no comprarlo, porque jamás se desvió de sus ideas; la Asamblea le imposibilitó ser ministro y el gran tribuno murió, víctima del genio y del vicio, pidiendo flores y colmado de popularidad y de gloria.

Sólo una parte del plan de Mirabeau entraba en los designios del rey y, sobre todo, de la reina, cada vez más mujer ante las angustias terribles de su situación, cada vez más resuelta al sacrificio, pero más imprevisora y más desgraciada en sus proyectos: la evasión; en verdad, era ya el único medio de salvación, porque la invasión, ya enton-

ces invocada en secreto, podía dar al peligro, repentinamente, proporciones de muerte. Concertada con el Comandante militar de Metz, el marqués de Bouillé, fué ejecutada tan torpemente, que el rey, capturado en Varennes, fué conducido á Paris en medio de las milicias nacionales exaltadas hasta el paroxismo, mientras la Asamblea decretaba la suspensión de las funciones reales. Entonces la lucha fué á las claras; un Mirabeau plebeyo, Danton, dueño por su elocuencia y su energía de los núcleos orgánicos de la revuelta en Paris, arrojaba en las masas el fermento republicano; el rey trataba de precipitar la coalición de las potencias para salvarlo, aun á costa del desmembramiento de Francia, y la Asamblea, á un tiempo revolucionaria y monarquista, terminaba la redacción del Código supremo, en que el rey quedaba á merced de una Asamblea única, armado sólo del *veto* suspensivo. En esta Constitución (1791) se vió bien clara la profunda inexperiencia de los abogados que quisieron forjar una monarquía parlamentaria, sin lograrlo, y, sobre todo, la íntima contradicción que neutralizaba toda la eficacia de los principios revolucionarios y que consistía en esto: el individuo era soberano sin más límite que el derecho ajeno, principio excelente que es ya una conquista definitiva de la civilización; pero el pueblo es también soberano, y soberano absoluto, no limitado como en la Constitución americana por el derecho individual; esta teoría, hija de Rousseau, era la negación de toda libertad, y los franceses, educados en el despotismo, se la asimilaron, y por ella, en el fondo, la Revolución es la hija legítima del antiguo régimen; por ella llevaba en su seno desde su primer momento el gérmen del *cesarismo*. El rey firmó la Constitución, se le devolvió el poder y esperó; no esperó mucho (v. *Tocqueville*, El Antiguo régimen).

## LA NACION ARMADA.

(1791-1792).

1. Europa y la Revolución; los emigrados.—2. Los partidos en la Asamblea legislativa.—3. La Coalición.—4. La caída de Luis XVI.—5. La República y la invasión vencida.

1. La Europa entera estaba trabajada, en vísperas de la Revolución, por el deseo indefinible y doloroso de innovar, de cambiar lo existente. Los soberanos trataban de hacerse eco de estos deseos, revolucio-

nando en nombre del despotismo; así p. e. en Austria donde José II, animado de un espíritu profundamente irreligioso, se empeñaba en someter la Iglesia al Estado; en Polonia, en Suecia, en los Principados alemanes, sobre todo á orillas del Rhin, hervía la masa popular. Las doctrinas de Rousseau predominaban entre los filósofos, como el gran fundador Emanuel Keant, y los hombres ilustrados; como que la parte selecta de todas las clases sociales se educaba en Europa del mismo modo, se nutría del espíritu clásico, hablaba un idioma común: el francés; de aquí que Francia fuese un perenne foco de propaganda. Esta propaganda tendía á disolver la idea de patria, sobre todo en Alemania, en donde no la había propiamente. Schiller decía en 1784: "Alemanes, no os empeñéis en formar una nación, contentaos con ser hombres." Y exaltado por las ideas nuevas le hacía decir al marqués de Posa en *D. Carlos*: "El hombre romperá el yugo de su largo sueño; el esplendor de la naturaleza está fundado sobre la libertad, ¡y cuán rica es en la libertad!" Pero así como todas las reformas de los soberanos en pró de la libertad civil y religiosa y de la propagación de la instrucción pública, no hicieron otra cosa que reforzar la omnipotencia del Estado, así la difusión de las ideas anti-religiosas suscitó un espíritu místico y supersticioso que pronto saturó la atmósfera alemana, que en todo sentimiento sabe encontrar el fondo místico y en todo pensamiento el fondo metafísico. Los focos de este modo misterioso de ver las cosas, eran: la *franc-masonería*, cuyo centro estaba en Inglaterra y cuyas logías estaban en todas partes, y en la cual la mayor parte de la nobleza y de los pensadores estaban afiliados, asociación nacida de la corriente humanitaria y filantrópica dominante; los *iluminados*, secta de destructores fundada por profesores y estudiantes alemanes, que pretendía destruir la propiedad para establecer la igualdad, pero sin violencia, y que contaba en la burocracia alemana numerosísimos prosélitos; un grupo de Iluminados fundó sociedades para acabar con los reyes y los sacerdotes. Una secta de místicos y teúrgicos, se levantó entonces para oponerse á los Iluminados y defender el trono y el altar, la de los *Rosa Cruces*. Y como todas estas asociaciones remedaban los ritos orientales y los misterios griegos y la sociedad ansiaba encontrar el secreto de lo desconocido, eterno horizonte negro de la ciencia humana, millares de personas acudían á las nuevas sectas, como aplaudían á Cagliostro y se agrupaban con frenesí en torno de la cuba mágica de Mesmer; á falta de religión se contentaban con superstición.

—Las reformas de José II habían causado una revolución católica en Bélgica, que fué reprimida y los revolucionarios habían ido á buscar amparo en los antirreligiosos franceses. Entonces los primeros pasos de la revolución francesa, que en estrofa magnífica saludaba el poeta inglés Wordsworth, causaban indecible entusiasmo y profunda conmoción. Los soberanos la veían con inquietud; Gustavo III de Suecia se preparaba á ser el caballero andante de María Antonieta, y la emperatriz Catarina lanzaba terribles y sarcásticos anatemas contra la Revolución, á pesar de sus antiguas admiraciones por los filósofos que habían preparado la explosión; desde entonces concibió el proyecto de empeñar á los prusianos y los austriacos en una cruzada monárquica contra la Francia revolucionaria, para distraerlos de Polonia y acabar de devorar á la infeliz monarquía de Poniatowski.—Llegaron entretanto á Alemania enjambres de emigrados; dos corrientes hay que distinguir en la emigración: la primera, la voluntaria, y la obligada por las determinaciones revolucionarias; ambas fueron criminales con la Patria; pero la primera, compuesta de ostentosos y casquivanos favoritos de Versalles y acaudillada por el conde de Artois (el futuro Carlos X), tras de ser más criminal, fué funesta para Luis XVI y su familia; ella hizo la situación de estos infelices horriblemente precaria bajo la vigilancia del pueblo airado y sediento de venganza, porque suponía al rey cómplice de aquellos infidentes, que, en realidad, lo despreciaban y trabajaban en las Cortes por su cuenta y riesgo. La emigración de la nobleza, último vestigio de las costumbres feudales que reclamaban y buscaban la intervención extranjera, separó netamente la idea de Patria de la idea de Príncipe; fenómeno importante que anunciaba una era en el mundo político.

Mientras la guerra amenazó desencadenarse en Oriente, gracias á los avances de los rusos contra los suecos y los turcos, Francia nada tuvo que temer; pero después de celebrada la paz entre las potencias, éstas comenzaron á preocuparse de los principios y de los avances revolucionarios. Por fortuna, á pesar de los esfuerzos, alguna vez ridículos, de los emigrados, el hombre ilustrado y prudente que había heredado en 1790 el trono imperial, Leopoldo, se encargó de reprimir los desmanes de los emigrados, de tomar una actitud benévola de déspota reformista (así lo había sido en su ducado de Toscana) ante las tentativas constitucionalistas de la Asamblea francesa, y de hacerse el sordo á la angustiosa deprecación de su hermana María Antonieta.—Los

agentes directos del rey (enteramente opuestos á los planes de sus hermanos) habían hecho observar á las Cortes que sus actos públicos no debían considerarse libres, que se veía obligado á ellos por su seguridad personal y para dar tiempo á las potencias para arreglar su acción común. Pero Leopoldo se empeñaba en suponer lo contrario, y cuando Luis juró la Constitución, fingió creer que todo motivo de guerra había cesado. En Marzo de 92 murió Leopoldo y le sucedió su hijo Francisco II, que se creía un gran militar, que odiaba la Revolución y que inmediatamente precipitó un acuerdo con el rey de Prusia, el rey polígamo que se dejaba dirigir por una cábala de mistagogos y que ardía en deseos de ver lo que podía arrancar á Francia y á Polonia; apetito real de los Hohenzollern.

2. En la Asamblea legislativa dominaba un partido mucho más avanzado que el constitucionalista, dirigido por jóvenes abogados del departamento de la Gironda, llenos de aspiraciones republicanas, de elocuencia, de civismo, con más fondo retórico (obsérvese en sus discursos la prodigalidad de citas clásicas) que instinto político, que habían resuelto convertir á la revolución en guerrera, para libertarla de la anarquía sanguinaria del interior, y que, en su entusiasmo, consideraban como el estorbo necesario, fatal, para la guerra, al monarca, proponiéndose convertirlo en su instrumento, y si se resistía, romperlo. Brissot, el diplomático, Mme. Roland, la admirable mujer, educada por Rousseau y Plutarco, encantadora flor humana de la República en su aurora triunfal, Vergniaud, el orador romano como Cicerón ó Tito Livio, ese orador de la historia, Condorcet, el pensador, Roland, el austero, Petion, el miserable insultador de la familia real capturada, eran los jefes de una legión de apóstoles y tribunos; á su izquierda estaban los *montañeses* que se iban adueñando del club de los Jacobinos, y en donde se erguía la fría, correcta é implacable figura del metafísico Robespierre, enemigo de la guerra porque distraía en el exterior las armas que la nación debía emplear en exterminar á sus enemigos intestinos; debajo de ambos partidos estaba la masa de los diputados, quinientos poco más ó menos, que formaban la llanura ó el pantano (*marais*) prontos á seguir al partido que se mostraba fuerte, capitulando sin cesar con los vencedores, pero llena de hombres útiles en las comisiones, de los que han preparado las grandes reformas legislativas de la Revolución, y después las del Imperio, que hizo á muchos de ellos senadores y prefectos.

3. Luis XVI, fiel á su sistema de dar tiempo á la Coalición, se había rodeado de un ministerio de constitucionalistas (los *feuillants*, les llamaba el pueblo), inspirado por un ex-revolucionario ardiente, Barnave, notable orador que había decidido consagrar su vida á la salvación de la monarquía y por una mujer de soberano talento, la hija de Necker, Mme. de Stael; en ese ministerio era la primera figura el brillante conde de Narbonne, favorito de la de Stael. El programa era evitar la guerra; mas el designio secreto del rey que coincidía, por diverso motivo, con el de los girondinos, era precipitarla.—El ministerio cayó al dar cuenta de las primeras notas insolentes de Austria, y el rey, á pesar de un gran discurso de Vergniaud que designó con fulmínea energía á la Corte como el foco de la contrarrevolución, llamó á un ministerio girondino, en el que hizo el principal papel un aventurero, sin fe, pero con gran instinto militar y que consideraba su papel en la Revolución, que aspiraba á dominar, como una intriga enorme, Dumouriez, primero encargado de la diplomacia (había sido espía en tiempo de Luis XV) luego de la guerra, y al fin del mando del ejército. Las cosas se precipitaban; Francia, surcada de grupos de voluntarios, vibraba de exaltación y de patriotismo; la Asamblea, multiplicaba sus medidas de rigor contra los emigrados: expatriación, confiscación, muerte. Estos pensaban lo mismo, preconizaban el mismo sistema, y si hubiesen triunfado, en vez de un terrible terror rojo, habría habido un espantable terror blanco. Paris, gobernado por Danton y su Estado Mayor de tribunos y de hombres de acción y de presa, batía con sus oleadas el palacio del rey.

4. Las traiciones en la frontera, los primeros conatos de guerra civil en el interior, caldearon más los ánimos; la Asamblea decretó la formación de un campamento de voluntarios junto á Paris y una nueva persecución contra los sacerdotes católicos; el rey no quiso sancionar los decretos y despidió á los girondinos. Entonces la insurrección, que ya se podía considerar en permanencia, envió su primer ejército á las Tullerías; el rey, coronado con el gorro frigio, se manifestó estoico y sereno, al grado de obligar á los foragidos que lo rodeaban, al respeto; la reina estuvo noble y valiente. El combustible formaba aglomeración inmensa; Lafayette indignado, escribió desde su campamento frente al enemigo, una carta de felicitación al rey y otra conminatoria á la Asamblea; las tropas huían ante los invasores, los jefes traicionaban; el pueblo llegó á la demencia cuando se propagó el manifiesto

del jefe del ejército invasor, el príncipe de Brunswick, que afirmaba que los soberanos aliados iban á restablecer el antiguo régimen y amenazaba á Paris con la destrucción si ultrajaba al rey.—La contestación de Paris fué el 10 de Agosto. Los arrabales decretaron la deposición del rey, Danton instaló una Comuna insurrecta en el Hotel de Ville y el pueblo asaltó y tomó las Tullerías defendidas por unos cuantos suizos y nobles; la Constitución había concluído su efímero y borrascoso reinado; el complot de la monarquía contra la patria estaba desbaratado. La familia real, en espera del fallo nacional, fué encerrada en la vieja fortaleza del Temple.

5. La Asamblea no gobernaba; gobernaba la Comuna insurrecta de Paris; el ministerio girondino rehecho después del 10 de Agosto, nada podía contra ella; mucho menos cuando tenía en su seno á su verdadero jefe, Danton. Éste, en el fondo, humano, sensato, patriota hasta la médula de los huesos, lleno de perspicacia política, hombre de Estado genial pero rudimentario, obligado á la violencia para conservar su popularidad y poniendo al servicio de sus ideas la menos clásica y la más tumultuosa elocuencia que hubiese resonado en una Asamblea, no pudo ó no supo reprimir la tentativa criminal que desde la Comuna dirigían, por medio de la excitación y del miedo popular, Marat, un hemodipsómano, Collot, y otros bebedores de sangre; ellos, forjando la leyenda de la conspiración de las prisiones, atestadas de hombres y mujeres sospechosos de monarquismo, en los primeros días de Septiembre organizaron el asesinato en masa y mataron durante tres ó cuatro días centenares de inocentes; en la Francia entera resonó un grito de horror, de que se hizo eco la generosa Gironda, que anatematizó á Danton.—Entretanto, el ejército de la Revolución, abandonado por Lafayette que había querido sublevarlo, esperaba á los prusianos en las alturas de Valmy, y ahí rechazaba á Brunswick y á la Invasión. “En este día, decía á sus compañeros el gran poeta alemán Goethe, que venía con los invasores, una nueva éra comienza en la historia del mundo, y vosotros podéis decir: hemos asistido á su nacimiento.”

## LA CONVENCION.

(1792-1795.)

1. Los Jacobinos.—2. La Guerra.—3. La muerte del rey y la Coalición reorganizada.—4. La Convención y la Comuna.—5. El Terror y la dictadura de Robespierre.—6. El Comité de salvación, la guerra civil y el ejército nacional.—7. Thermidor; la Reacción.—8. La obra de la Convención.

1. Las elecciones se hicieron en medio del tumulto causado en Francia por el peligro de la Patria y la caída de la monarquía. La mayor parte de la nación electora se abstuvo; los comités electorales, dominados generalmente por los exaltados y bajo los auspicios del *club de los jacobinos*, mandaron á la *Convención*, así iba á llamarse la nueva Asamblea constituyente, un grupo considerable de jóvenes que reforzaron los antiguos núcleos girondinos y montañeses y que debían disputarse la dirección de la masa de diputados de la llanura, que tuvo también un temperamento más exaltado que en la anterior Asamblea.—En la carencia casi absoluta de gobierno legal, se había formado en los departamentos un gobierno extra-oficial que se fundaba en tres elementos: su organización, que abarcaba la Francia entera y que ponía detrás de cada pequeño club local á todos los clubs de la nación y al omnipotente de Paris; la audacia y exaltación de sus individuos que atraía en torno suyo á los grupos de acción de la plebe en delirio; el miedo de los empleados que se sentían vigilados, denunciados y perdidos si desobedecían la voluntad de los sicofantes del club y el miedo de las gentes pacíficas, de los burgueses propietarios, de los hombres moderados. Este fué uno de los graves males de la Revolución, el más grave de todos, el miedo civil de la gran masa de la población; si la Revolución pudo por desgracia ser un *terror* para acabar por fuerza en una *anarquía*, fué por el miedo de la mayoría; bien comprendieron esto los jacobinos, bien lo comprendió Napoleón.—A los jacobinos (nombre que tomaron del local del antiguo convento en que se reunían en Paris) pertenecieron todos los partidos. Fué un club, á imitación de los ingleses, establecido por los liberales burgueses y nobles, en los momentos en que se preparaba la gran crisis de 89. Desde su fundación se ramificó en toda Francia y, paso á paso, como que estaba destinado á tratar de los mismos asuntos que los legisladores, se constituyó en una Asamblea al lado de la otra y como deliberaba bajo la presión de las multitudes parisienses, sus jefes le dieron un impulso cada vez más violento; él organizó las sediciones, los tumultos en Paris y en otras ciudades, él organizó luego la insurrección en permanencia, con los girondinos para derrocar la monarquía, con los montañeses para darles el gobierno de Francia. Todos los que aspiraban á medrar á la sombra de las pasiones populares, se afiliaron en esta enorme sociedad y lograron constituir así, no una mayoría (en realidad, hasta en Paris mismo sólo fueron una minoría exigua)

pero sí una minoría á quien nadie resistía. Un gran pensador francés, Taine, que ha hecho la más profunda historia crítica de la Revolución y que, á fuerza de apurar el análisis científico de aquel gran período, ha llegado á construir una síntesis perfectamente inexacta, ha trazado en términos definitivos la psicología del jacobino: salido de las densas filas de los inelclasificados sociales, la Revolución despertó en él ambiciones inmensas y trató de satisfacerlas sin otras ideas que las que formaban el *substratum* de las doctrinas de Rousseau; humanidad, igualdad, soberanía del pueblo; pero marchando de deducción en deducción, el jacobino, mientras más exaltado era, más extremaba su teoría lógica, sin tener en cuenta los hechos: soberanía del pueblo, luego el pueblo está por encima de todos los derechos, luego puede revocar á su antojo sus mandatos, luego una fracción del pueblo es más soberana que un grupo de individuos. La Constitución absurda de 93 es el símbolo político del jacobinismo.—Pero en cambio ¡qué poder, en estos nuevos puritanos, para remover con ideas por tal extremo simples, las pasiones de las masas; qué fé en sí mismos y en los destinos de la Revolución; con qué rapidez la hicieron tocar en las profundidades de la capa social; cómo supieron convertirla en una religión y en un interés; con qué audacia hicieron á la nación cómplice momentánea de su programa implacable! Sus jefes eran hijos de aquellos legistas de la Edad Media que pusieron al servicio de la monarquía una saña tan áspera y tan llena de argucia y sutileza en contra de la iglesia y el feudalismo; de Guillermo de Nogaret (v. págs. 269 y 270) á Merlin de Douai, la filiación es clara, como lo es entre los comisarios que la Convención mandaba á las fronteras y á los departamentos y los implacables inquisidores que extirparon del mediodía de Francia la heregía de los albigenses. Pero los jacobinos contuvieron la disolución inminente de la nación francesa, que ya no gobernaba nadie, que la guerra civil tendía á desmembrar; á la indómita energía de estos hombres se debió la concentración formidable de esfuerzo que permitió á la Revolución ahogar la guerra civil y vencer á Europa.

2. Los jacobinos habían complicado á la nación en los intereses revolucionarios precipitando todas las medidas que destruyeron el feudalismo, que extinguieron los tributos de trabajo personal (*corvées*) y de auxilio en numerario (*aides*), el exactor desapareció; en cambio el campesino se apoderó de las tierras confiscadas á la Iglesia y á la emigración, y la pequeña propiedad, nacida antes de la Revolución, pero popularizada por ella, fundó la futura riqueza del pueblo francés. Las insensatas amenazas de los emigrados, el manifiesto de Brunswick (redactado en términos que el príncipe alemán reprobó, como aficionado á las reformas que era, pero que se vió obligado á firmar) hirieron en sus intereses más positivos á la nueva nación, que se levantó como un solo hombre, sistemáticamente exaltada y rugiendo el nue-

vo canto de los ejércitos cívicos: "Marchemos, hijos de la Patria, despunta el día de la gloria; la tiranía erige frente á nosotros su sangriento estandarte. . . . ¿Para quiénes son esas cadenas, há largo tiempo forjadas? ¡Para nosotros, franceses! ¡Oh! ¡ultraje! Horror; aún se nos considera capaces de volver á la servidumbre antigua. A las armas, ciudadanos. Marchemos. . . . que la sangre enemiga calme la sed de nuestros campos." Los voluntarios venían de todas las regiones francesas, y al compás de aquellas estrofas épicas, tomaban su puesto en el combate mezclados á las tropas de línea cuyo aliento renovaban, y de las que recibían el espíritu de disciplina. Estas tropas, conducidas por Dumouriez, vieron la fatigosa retirada de los prusianos, á seguida de Valmy, invadieron Bélgica y se adueñaron de ella, después de haber pasado por encima de los austriacos vencidos en Jemmapes (Noviembre de 92). Entretanto algunas de las principales ciudades del Rhin, caían en poder, no sólo de los franceses, sino de la Revolución, que encontraba en todas partes grupos de celosos devotos, como en Maguncia, en Savoya, en Niza, donde los generales republicanos eran recibidos como hermanos. Así comenzaba la guerra de expansión, prólogo de la de conquista, y la Convención, declarando con suprema imprudencia que la nación francesa acordaría fraternidad y socorro á cuantos pueblos quisieran recobrar la libertad, enarbolaba la bandera de la Revolución Universal. En esto habla, sin embargo, mucho de retórica; la mayoría belga se sintió herida por los jacobinos en sus creencias católicas y todos en sus ilusiones, cuando se vieron obligados á sostener al ejército emancipador; Dumouriez clamaba contra aquella opresión y desde entonces dominó en su cerebro de aventurero la idea de adueñarse del gobierno, fiado en su inmenso prestigio militar y estimulado por uno de sus oficiales, que se había portado heroicamente en Jemmapes, el joven duque, hijo de Felipe de Orleans, que ya se apellidaba Igualdad, el futuro rey Luis Felipe. Así es que, por un fenómeno sorprendente, por aquella época servían en el ejército republicano, un futuro emperador, Bonaparte, y tres reyes futuros: Murat, rey de Nápoles; Bernadotte, rey de Suecia, y Luis Felipe, rey de los franceses.

3. Al reunirse la Convención había proclamado la República; la monarquía y la aristocracia estaban vencidas. La Convención usó dura, pero justamente de su victoria. Contra los emigrados, ya lo dijimos, fué implacable; haciendo uso exactamente de los mismos proce-



dimientos que los reyes de Francia, y sobre todo Luis XIV, habían empleado contra los que consideraban enemigos públicos, como los protestantes después de la revocación del edicto de Nantes, la Convención decretó una confiscación en masa, y estos decretos, admirablemente reglamentados por los legistas de los *comités*, poniendo en venta los bienes de los emigrados, para destinar el producto á sostener la guerra contra el extranjero, en cuyas filas figuraban los despojados, operaron la más vasta dislocación de propiedades que se había visto y empeñó al pequeño propietario en la defensa de su propiedad. Por eso, como hemos dicho, al primer grito de la patria en peligro, en menos de tres semanas, cien batallones se alistaron, armaron y pusieron en camino.

La monarquía fué castigada en el infortunado Luis XVI, tan inerte, tan flojo de pensamiento y de voluntad en la gran crisis y tan noble en su agonía de rey y de cristiano. El proceso de Luis XVI fué un juicio, fué un acto político en que girondinos y jacobinos se empeñaron á porfía; los primeros para no perder su popularidad y con la ilusión de hallar un medio supremo de salvarlo, y los segundos, para romper toda esperanza de concierto entre la Revolución y los reyes y obligarla á buscar la salvación en su propia energía, llevada á la desesperación, energía de que ellos eran los aterradores apóstoles. La Convención fundó su acusación en violaciones de la Constitución que ella misma violaba con sólo su existencia; Luis se defendió con esa misma detestada Constitución que lo hacía inviolable; él, hijo del antiguo régimen, no se sentía culpable de sus connivencias con el extranjero, que negó, aunque eran muy ciertas, porque él era la nación antigua, y la nueva y verdadera nación, se erguía ante él con un derecho superior. Era el nuevo derecho público en lucha con el antiguo. Robespierre resumió la cuestión en una de sus terribles y sutiles arengas: "No se trata de un proceso, decía, Luis no es un acusado, vosotros no sois jueces; sois hombres de Estado que representáis á la nación. No váis á pronunciar una sentencia, sino á tomar una medida de salvación pública, á ejercer un acto de providencia nacional." Luis fué condenado; unos querían aplazar la ejecución, otros pedían la confirmación del voto popular. Los montañeses, con sombría destreza, lo precipitaron todo y en medio de una población, entre delirante y estupefacta, fué guillotinado el 21 de Enero del tremendo año de 1793.—La Convención, arrancando el manto real á Luis XVI, había descubierto en él al hombre bueno, víctima del destino, y despertado una

inmensa piedad. Es cierto que con el rey guillotinado había muerto para siempre en Francia la monarquía de derecho divino, pero no lo era menos que este acto fué la premisa forzosa de la muerte de la República, porque hacía obligatoria é indefinida la guerra y la guerra, en las democracias, es infalible engendradora de tiranos; muerto Luis XVI, ó Europa triunfaba y la Revolución perecía, ó Francia triunfaba y perecía la República; ó Brunswick ó Napoleon.—En el club de los jacobinos se llamaba al rey de Inglaterra, Jorge III (de la casa de los güelfos de Hanover), el señor Güelfo, como se llamaba á Luis XVI, el señor Capeto, y el señor Güelfo hacía largo tiempo que deseaba la guerra y abominaba á los revolucionarios; pero el admirable hombre de Estado que entonces gobernaba en Inglaterra, el segundo Pitt, más grande quizás que su padre, empeñado por entero en las reformas interiores, en mejorar la situación de Irlanda, restablecer el crédito y proteger el comercio, bajando las tarifas, en dar un gobierno propio á algunas de las colonias inglesas (el Canadá), ensanchar el sufragio, proteger á los habitantes de la India contra la crueldad de los agentes ingleses (proceso de Hastings) é iniciar, en compañía de Wilberforce, el santo de la filantropía, la abolición de la trata, se mantenía estrictamente neutral frente á la Revolución, frío ante los elocuentes conjuros de Fox y los que simpatizaban con el gobierno revolucionario é indiferente ante los terribles anatemas de Burke contra la Revolución. El pueblo inglés lo seguía y sobre todo la clase mercantil, que era su apoyo, porque todo era ganancia para ella en la espantosa debilidad que la anarquía debía producir en Francia. Mas los primeros resultados de la guerra de expansión inquietaron al ministro y al pueblo; y cuando murió Luis XVI, víctima de una sentencia que Pitt llamó en la tribuna "el crimen más odioso y atroz que hay en la historia," la ruptura entre las dos naciones era inminente, no por la muerte del rey, sino por la invasión de Holanda; Inglaterra dejaría de ser lo que era si permitiese á los franceses dominar Anvers y Amsterdam; esto era imposible y el pueblo inglés siguió á su gran *leader* en las combinaciones de guerra contra Francia. Esto era lo más grave que podía suceder á la República naciente; esto era, la Coalición, desbaratada de hecho por las mutuas desconfianzas de Austria, Prusia y Rusia, que atisbaba los últimos restos de Polonia, reorganizada por el oro inglés; esto significaba las costas asaltadas, todas las colonias capturadas, por las flotas inglesas y la rebelión, que se desencadenaba en

todo el Oeste, auxiliada y fomentada sin cesar, mientras la invasión se renovaba; era más, era la guerra con España, cuyo gobierno, después de un período no poco simpático á la revolución, durante el ministerio del conde de Aranda, había caído bajo la tutela del favorito Godoy, y con motivo del proceso del rey, había ya presentado su *ultimatum* á la Convención y aglomerado sus tropas en los Pirineos, y la guerra con España era, sin duda, la guerra con Nápoles y con Portugal, todo esto amparado y suscitado y sostenido por Inglaterra. Eso lo veían bien los convencionales; pero nada intimidaba á aquellos soberbios teoristas resueltos á sepultarse en las ruinas de Francia; sabían que ellos no alcanzarían misericordia, tampoco la tenían. Para colmo de males, Bélgica pretendía sacudir el yugo de los que le habían prometido la independencia y la extorsionaban á porfía; el ejército, desatendido por los demagogos prevaricadores y fanáticos enviados por el inepto ministro de la guerra, se moría de hambre y desnudez, perdía el primitivo entusiasmo y se desorganizaba; Dumouriez pretendía invadir Holanda, era vencido en Neerwinden, poco después desocupaba Bélgica y se ponía de acuerdo con el príncipe de Coburg, que mandaba á los austriacos, para marchar sobre París con su ejército y disolver la Convención, proclamando la monarquía ¿de quién? Probablemente de su ayudante el duque de Chartres. Mas Dumouriez, que entregó á los austriacos á los comisarios de la Convención, tuvo al fin que pasarse al enemigo, porque su ejército, vacilante al principio, se irguió al fin ante él y lo obligó á huir; aquel aventurero del antiguo régimen, que luego en el extranjero conspiró sin cesar contra su patria, no creía que la patria estaba en su campamento y que á su invitación infame, respondería: no.

4. Entretanto llegaba al paroxismo la lucha entre los girondinos, dueños de los empleos y fuertes con el apoyo de la *llanura* y los montañeses, cuyo ejército era París mismo. En vano habían resonado voces de concordia, habíanse perdido en el fragor de aquella tempestad perenne. Danton insinuó primero, instó, casi suplicó á los girondinos que se aliaran á él para salvar la República é impedir el terror; fué inútil, Mad. Roland no transigía con el asesino de Septiembre y sus amigos la siguieron. Sin embargo, ese tribuno que hablaba como truenan las nubes de borrasca, que jugaba con las pasiones populares, era el político; despreciaba instintivamente las utopías, buscaba en la guerra formidable la paz segura, comprendía que una democracia para-

mente militar cae en la tiranía, la Revolución era para él un régimen de transición, era preciso fundar la república normal y, sobre todo, salvar á su tierra, salvar á Francia; porque lo que descuella en el alma del tremendo demagogo es el patriotismo; antes que todo es un francés; por eso es tan grande. Él organizó el primer *Comité de salvación [de salut publique]* y lo dirigió; este comité estaba encargado del poder ejecutivo; deliberaba en secreto y tomaba, á reserva de informar á la Convención, cuantas medidas eran necesarias para la defensa exterior é interior; él organizó *el tribunal revolucionario*, para juzgar á los enemigos de la patria y deportarlos ó matarlos; puesto que Francia era una ciudad sitiada, necesitaba su corte marcial contra los conspiradores (ya entonces era conspirador todo aquel que no compartía las ideas del grupo de exaltados triunfantes). Con esto, con los Comisarios de la Convención, especie de procónsules que tenían verdaderos poderes dictatoriales, la Convención, obligada á organizar un gobierno, improvisó, como dice un historiador, un gobierno más directo, más sencillo, más despótico y más poderoso que cuantos la Revolución había destruído.—La frontera abierta é indefensa, gracias á la traición de Dumouriez, el carácter sanguinario y atroz de la insurrección vandeana, la coalición tratando en Anvers del desmembramiento y conquista de Francia, produjeron uno de esos tremendos accesos del populacho de París, que se iba reduciendo á la hez, á lo inferior, al lodo sangriento del albañal demagógico, á medida que las columnas de hombres bravos y patriotas salían para la frontera, así como la Convención quedaba sin lastre á medida que los comisarios (cerca de noventa) volaban á las fronteras, uniendo la heroicidad del deber militar á la ferocidad de la acción civil. El resultado de esta situación de París y de la declaración de guerra entre Danton y los girondinos fué la expulsión de éstos de la Convención por la Comuna en plena rebelión. Ni la elocuencia de Vergniaud, ni la exaltación amenazante de Isnard, ni el heroísmo magnánimo de Lanjuinais que aferrado á la tribuna protestó sin tregua bajo los puñales de los forajidos, nada pudo liberrar de la destrucción á aquel grupo incomparable de republicanos inexpertos y utopistas, pero llenos de generosidad y de talento; así arrió la Revolución, de su mástil más alto, la flámula dorada y purpurina; ya no quedó á la nave otra bandera que la que enarbolaba la Comuna en los días de peligro nacional, la bandera negra, la muerte. La Comuna era la reina de París y París era el rey de Francia.

5. La Convención, *depurada* ya, votó una Constitución, con su nuevo capítulo de derechos del hombre, más teórico que el primitivo; con su nueva consagración del derecho de insurrección del pueblo ó de *una de sus fracciones*, etc. No se observó, se guardó solemnemente en una arca de alianza, cuyo modelo dibujó David, el pintor que llevó á la pintura el espíritu clásico, el furioso jacobino amigo de Robespierre.—El peligro crecía, sin embargo; y no era tiempo aquel para gobiernos constitucionales. Unos girondinos, fieles á su deber, habían esperado en Paris la muerte, que los arrastró á la guillotina, sin poder apagar, sino con su último suspiro, su grandilocuencia y su fe republicana; otros corrieron á los departamentos y los sublevaron, sobre todo los del Mediodía; Burdeos, Lyon, Marsella, Tolon, todo se subleva, mientras los coaligados triunfantes estrechan en torno de la República su cintura de fierro. Los girondinos vieron pronto que las sublevaciones suscitadas por ellos, se convertían en realistas; Tolon se entregaba á los ingleses, Lyon caía en poder de los nobles; los girondinos proscritos murieron en los bosques ó se suicidaron ó fueron guillotinados.—“¿Habéis hecho acaso un pacto con la victoria?” Preguntaba un convencional á uno de los promotores de las medidas extremas. “Hemos hecho uno con la muerte,” respondió éste. Jamás se desplegó tanta energía como entonces para asegurar dos cosas: la integridad del territorio y la imposibilidad para la República de volver hacia atrás; se le cortó la retirada hacia la paz con un lago de sangre. La reina, los girondinos, la Vendée, las ciudades rebeldes, los clérigos, los emigrados y pronto una enorme porción de ciudadanos, delatados por *los patriotas*, lo mismo que los falsificadores del papel moneda (asignados) y los monopolizadores, fueron sentenciados á muerte. Eso se llamó *el Terror*, que los comisarios y el ejército revolucionario, especie de gendarmería de la guillotina, que recorría la Francia toda, tuvieron encargo de hacer efectivo. Y así fué: la guillotina funcionó sin tregua; Lyon vencida al fin, comenzó á ser sistemáticamente destruída por el insigne bribón Fouché, que fué luego duque de Otranto, y Carrier, más tarde, ahogaba en masa en Nantes á los prisioneros y á los sospechosos de cualquiera edad y sexo. Estos horrores iban al par de medidas de salvación: el levantamiento en masa, la reorganización del ejército, todo lo que permitió rechazar á un tiempo la coalición y vencer las insurrecciones.—Danton, después de contribuir á renovar el supremo arrebato que en 93 salvó de nuevo á Francia, se había ido

retrayendo; Robespierre, acabó primero con Hebert y la innoble canalla demagógica que se enseñoreaba de la Comuna; después minó los pasos de su gran rival y por una serie de maquinaciones arrastró á Danton al tribunal revolucionario y á la guillotina, y como Marat había sido asesinado por Carlota Corday, quedó sin enemigos de su talla, al frente de la Convención, de la Comuna, de los Comités de seguridad y de salvación. Entonces el discípulo de Rousseau, para dar un carácter augusto á su dictadura, hizo decretar el culto al Ser Supremo (como los hebertistas habían decretado el de la Razón) y en las fiestas celebradas en honor del abstracto Dios de Robespierre, el siniestro demagogo hizo un papel pontifical; la Europa entera aplaudía esta especie de dictadura, Francia la aceptaba y la Convención la sufría.

6. El órgano político de esta dictadura era el *Comité de salvación pública*; ya no lo inspiraba la intermitente, pero soberana sensatez de Danton; llamado á reducir á la práctica la teoría terrorista, Robespierre lo dirigía con sus acólitos; el primero era St. Just, que exageraba aun las doctrinas de su corifeo y que, á fuerza de matar, quería reducir la vasta Francia á una república espartana, todo artificio y virtud obligatoria; metafísico de veinticinco años, heroico en los campos de batalla y siniestro en la tribuna y en el Comité: “sus discursos cortan como la cuchilla de la guillotina,” decía uno de sus contemporáneos; el otro era Couthon; bajo ellos estaban, los hombres de presa y de sangre, los que ordenaban la muerte para salvar su vida, Collot, Billaud, Barère, retóricos del Terror, que aplaudían con un sentimentalismo de frase los horrores de un Carrier ó de un Fouché, y el grupo de los hombres útiles: Cambon que abría el gran libro de la deuda nacional y pretendía organizar el tesoro, Lindet que salvó á Paris y á los departamentos del hambre, Jean Bon, que trató de rehacer la marina y logró fundar un núcleo que luego creció, Prieur encargado de la administración del ejército y Carnot, que rodeado de un grupo de oficiales de primer orden, trazó los planes de las grandes campañas, estableció la verdadera táctica de la Revolución basada en la ofensiva audaz y perenne y el entusiasmo, y organizó la victoria. Estos hombres en los caminos, en las costas, en los campamentos ó en el Comité, no cesaban jamás de trabajar; apenas dormían y comían.—Antes de que el año de 93 concluyera, los vandeanos, que habían amenazado á Nantes y destruído las columnas infernales que recorrían el país, fueron aplastados por Kleber y Marceau; las ciudades girondinas volvían al

poder de la República y Tolon era arrebatado á los ingleses, gracias á la habilidad del comandante de la artillería francesa, Napoleon Bonaparte. En la frontera del Este, se habían necesitado esfuerzos supremos para reparar la brecha abierta por la traición de Dumouriez; los viejos generales ó los del sistema clásico, Custine, Luckner, Beauharnais (esposo de la futura emperatriz Josefina) fueron arrebatados á los ejércitos, que no sabían conducir, y enviados á la guillotina; ser vencido era ser traidor. Y comenzaron, de las filas de los oficiales y de los soldados, á surgir los generales nuevos, descubiertos por el instinto casi infalible de Carnot y de los Comisarios: Kleber, Marceau, Jourdan, Moreau, Pichegru, Hoche, el más grande de todos, tomaron el mando de los ejércitos y en tres ó cuatro espléndidas victorias deshicieron la segunda coalición; detrás de ellos venía el prodigioso grupo de los futuros oficiales de Napoleon, de los futuros reyes, príncipes, duques y condes imperiales, hijos del pueblo y de la revolución que se prepararon á hacer caber el espíritu nuevo en las formas antiguas, hasta deformarlas y hacerlas estallar definitivamente. Los catorce ejércitos de la Revolución en el período épico que va de Wattignies (1793) á Marengo (1800) eran la República viva, la República en lo que tenía de más santo y más puro; á los hombres del interior les dejaban la odiosa tarea de matar franceses; ellos rompían coaliciones y con los pies desnudos sobre la nieve del Jura y de los Alpes, reían, cantaban y vencían, soñando en una patria ideal, en la República del porvenir; ese cerco de soldados es el aspecto fulgurante y sublime de la Revolución. —El sofisma basado en afirmar una relación de causa á efecto entre la guillotina y la victoria, entre la muerte de Mad. Roland, de Danton, de Lavoissier, el sabio que pedía unas horas para concluir sus experimentos; del dulce, valiente y divino poeta Andrés Chenier, y la Coalición vencida; entre la ley de sospechosos, el asesinato en masa y, en suma, entre el Terror y la salvación de Francia, es una mentira, es una impiedad. Bastaba la concentración formidable establecida por la Convención, bastaba la justicia inflexible, pero sin vendas en los ojos, bastaba el espontáneo y maravilloso arrebato de la Francia nueva, que por primera vez se vencía á sí misma, para salvar á la República. Para Robespierre había un ídolo, la muerte; para el ejército había una religión, la Patria. “En el campo, ante el enemigo, dice el más severo juez de la Revolución, las nobles ideas generales, que entre las manos de la demagogia parisiense se habían tornado sanguinarias prostitutas, son

vírgenes puras en la imaginación del soldado. Libertad, igualdad, derechos del hombre, advenimiento de la razón, todas esas imágenes sublimes y vagas flotan ante su vista cuando escalan la pendiente de Jemmapes. Cuando una nación tiene puesto tan alto el corazón, se salva á pesar de las torpezas y los crímenes de sus gobernantes; porque rescata las ineptitudes con su valor y cubre las maldades con su heroísmo.” (*Taine; la Revolución.—II*).

7. Una conjura de exaltados y de moderados secretos, de sanguinarios feroces como Tallien y Carrier, y de pacíficos como Boissy y Siyès, una conjura del miedo y el odio, arrojó de su pedestal fúnebre á Robespierre, en el mes de Thermidor (Julio de 94) y lo hizo ejecutar con sus principales cómplices. Paris olía á sangre humana en los últimos meses de la dictadura de Robespierre; la guillotina funcionaba sin cesar; más hijos del pueblo que nobles perecieron en aquella hecatombe sin fin; las prisiones atestadas no se vaciaban nunca á pesar de la siega fatídica del verdugo; los prisioneros se divertían, discutían, enamoraban y afrontaban la guillotina con desdén ó con gravedad, todos con valor, los octogenarios como las niñas, las duquesas como las ramilleteras. La población veía con horror estúpido aquella orgía de sangre; Thermidor la despertó y, á pesar de los vencedores, el Terror concluyó por sí mismo. Así comenzó la reacción; la Convención, para conservarse, cediendo al empuje de la sociedad, derogó la ley de los sospechosos, suprimió el *máximum* (precio forzoso fijado á los artículos de primera necesidad), proscribió ó hizo morir á los terroristas, llamó á los girondinos supervivientes que, en su mayor parte, se inclinaron al restablecimiento de la monarquía, y en medio de los aplausos de la *juventud dorada* y de las sociedades realistas que pululaban en Paris, ahogó en sangre una insurrección de los arrabales demagógicos. Empeñada, sin embargo, en salvar la República, el año 95 decretó una nueva Constitución, reorganizando bajo un régimen moderado á la nación. Los realistas protestaron con la revuelta en Paris; mas la Convención les dió una lección tan severa, á metrallazos gracias á la energía del jóven general Bonaparte, que pudo luego disolverse para dejar el puesto á los poderes nuevos.

8. La Convención está colocada en el corazón del movimiento revolucionario; es el protagonista de la gran tragedia. Su obra especial fué la salvación de la Patria; el mejor de los oradores legitimistas franceses lo ha confesado en magníficos términos (Berryer). Pero, ¿no fué

ella la que con la muerte de Luis XVI, la proclamación de la guerra á los reyes y á los castillos, y la invasión del territorio extranjero, provocó las Coaliciones? Ella fué; mas en eso obedeció al carácter de expansión y proselitismo inmanente en las ideas nuevas y en el temperamento francés; y, si así no hubiera sido, Europa, una vez devorada Polonia hasta el último hueso, como lo fué en 1795, habría pensado en apagar el foco de luz encendido en París, y que en sí mismo era un peligro. El terror está condenado; la Convención merece bien de la Patria francesa.

## EL DIRECTORIO.

(1795-1799).

1. La nueva Constitución.—2. Las grandes campañas; las Repúblicas nuevas.
3. Bonaparte.

1. La Constitución del año III dividió el poder legislativo en un Senado, *los ancianos*, y en una Cámara popular, *los quinientos*, y confió á cinco directores (este fué su error) la presidencia de la República; estos directores fueron cinco regidas; Carnot era uno de ellos. Pero estaba arrepentido y se hizo el apoyo principal de la reacción monárquica, que había tramado en toda Francia una vasta conspiración; el descontento público por los préstamos forzosos y la bancarrota del tesoro, medidas que tomó el Directorio para poder vivir, eran los mejores elementos de los planes de los reactivos; en vano se rompió la plancha que servía para imprimir los *asignados* (papel moneda emitido por valor de cerca de cinco mil millones de pesos, tan depreciado ya, que doscientos pesos en asignados equivalían á dos) que el gobierno empezó á redimir creando nuevos bonos cuya garantía eran los bienes nacionales; en vano, las elecciones de 97 enviaron una mayoría realista al Consejo de los Quinientos, porque Bonaparte y Moreau se pusieron de acuerdo con el director Barras, enviaron fuerzas á París, y como el ejército estaba impregnado del más intransigente republicanism, quedó desecho el triunfo realista y muerto el partido para siempre. Fuera de obscuras conspiraciones, no debía resucitar, pero profundamente modificado, hasta la caída de Napoleón en 1815.

2. Mucho se ha hablado de la incapacidad del Directorio, de su co-

rrupción; esto sólo en parte es cierto; la corrupción era de la masa social, que había perdido en la desorganización profunda de la crisis revolucionaria todo freno moral y se entregaba con ahinco inverosímil al placer, á gozar de la vida que habían sentido todos tan insegura; esta corriente lo envolvía todo, gobernantes y gobernados. Pero hay que recordar que en esta época la energía de la nación reconcentrada en los ejércitos hizo prodigios; á pesar de la traición de Pichegru en el Rhin, el territorio se mantuvo incólume, mientras el general Bonaparte hacía esa fulminante campaña de Italia en que de victoria en victoria se hizo dueño de la península, deshizo á todos los generales austriacos y obligó al emperador á firmar la paz (Campo-Formio, 1798). Al paso de los ejércitos de la Revolución habían surgido repúblicas nuevas en Holanda, en Bélgica, en Alemania, en Italia, y estas repúblicas resultan admirables órganos de propaganda de las doctrinas revolucionarias que á la larga iban á transformar el ser político de Europa; esta propaganda consistía en la demolición de lo antiguo, de grado ó por fuerza, por el solo hecho del establecimiento de administraciones *á la francesa* y por las ideas, que despojadas en la vida militar de lo que tenían de abstracto é impracticable, y gracias al buen sentido, que después de la fiebre revolucionaria había vuelto á imperar en el alma francesa, determinaron una corriente de humanitarismo, de tolerancia y de afición á las instituciones populares, que como el *gulfstream* había de modificar con sus ondas tibias la temperatura política del Siglo XIX.

3. La campaña de Italia había puesto de resalto la figura de Bonaparte. Ya en la guerra, á la par que gran capitán, se había mostrado un político inquieto y lleno de indeterminadas, pero vastísimas ambiciones; en realidad no reconocía gobierno; en su campamento estaba el gobierno de Italia y de su ejército. Cediendo un poco á una preocupación nacional y otro poco á una necesidad de las circunstancias, llegó á convencerse de que en la historia de Europa se planteaba este dilema fatal: ó Francia ó Inglaterra; sólo la nulificación de la una podía permitir la existencia de la otra; de aquí el inmenso error de la campaña de Egipto para arrancar á Inglaterra el camino de la India, capítulo primero de la demolición de su imperio colonial; inmenso error, porque el éxito sólo podía fundarse en la dominación marítima del Mediterráneo y porque privaba á Francia de su mejor ejército, precisamente cuando Inglaterra iba probablemente á hacer un esfuerzo

supremo para rehacer la coalición. Así fué; mientras Bonaparte conquistaba en una brillante campaña á Egipto y se estrellaba en la conquista de Siria por la resistencia de S. Juan de Acre, Austria, Rusia ya gobernada por el emperador Paulo, Nápoles, Portugal y Turquía, se concertaron con Inglaterra para invadir á Francia. Suworoff, guerrero místico y feroz que había matado 30,000 turcos en Ismail y 12,000 polacos en Praga, cuando el gran Kosciusko y otros patriotas quisieron resistir á la distribución definitiva de su patria en 95, fué el héroe de la guerra contra *los jacobinos aleos y regicidas*. Todo fué triunfo al principio y jamás había corrido Francia tamaño peligro; pero vencidos los ingleses en Holanda y deshechos los rusos en Suiza, la coalición quedó desbaratada. Bonaparte, abandonando su ejército, se presentó en Francia; las discordias incesantes entre los directores y su incoherente prestigio en el ejército, le dieron ánimo y en Noviembre de 99 (18 Brumario), disolvió los cuerpos colegisladores, suprimió el Directorio y poco después, con el nombre de primer Cónsul, quedó dueño único de Francia; la victoria magnífica de Marengo (1800) dió el sello de la gloria á la naciente dictadura. La Revolución, incapaz de organizar un gobierno normal, acaba en el Cesarismo.

BRUNO KARL. — La mejor historia dramática de la Revolución, es la de Michelet; de las historias generales de Francia, la más exacta en este período es la de Darré. — Especiales: *Taine*, Hist. de la R.; von Sybel. Hist. de Europa durante la R. y el admirable libro de *Sorel*, Europa y la Revolución, á quien seguimos de preferencia. Como compendio, el más útil es el de *A. Rambaud*. *Stephens* está publicando la mejor historia inglesa de la Revolución.

#### Observaciones generales.

1. Todos los factores, cuya actividad hemos seguido en sus líneas directrices durante la Edad moderna, precipitan su curso y en espirales violentas se abisman confundidos en la negra sima de la Revolución. 2. Ahí el cristianismo está representado por el humanitarismo cosmopolita; ahí el germanismo lo está por el libre examen y por la aspiración á las instituciones inglesas; ahí el latinismo por la tendencia á hacer depender toda actividad del Estado; por el absolutismo concentrador que los revolucionarios extreman y que recibirá su orga-

nización definitiva de Napoleón; por el espíritu clásico que todo lo reduce á ideas generales y á concepciones abstractas. 3. De todo ello resulta, la destrucción, la pulverización del régimen antiguo, la necesidad de construir un régimen nuevo y la porfía de construir este edificio, siguiendo las reglas de la razón pura, tal como las había aplicado á la democracia un teorista de gran elocuencia y de criterio falso, Rousseau. 4. Era este nuevo edificio tan antipático á la tradición dentro de Francia y tan antitélico á los otros edificios políticos europeos, que todos á una trataron de impedir que se elevara. De aquí una lucha gigantesca que llevó todas las energías nacionales, complicadas en la obra de los políticos, al último grado de tensión. 5. Esta energía salvó á Francia y perdió á la Revolución. Salvó á Francia por la guerra: pero creando el espíritu guerrero y la preponderancia de la clase militar hecha á obedecer á una disciplina, á una cabeza, á una espada, preparó el Cesarismo; y perdió á la Revolución por el terror (que no fué causa de la energía cívica, sino un efecto infernal de esa energía), dividiendo á la sociedad revolucionaria en grupos de enemigos mortales, lo que produjo una anarquía incurable y facilitó el advenimiento del Cesar. 6. Éste fué Napoleón; la obra revolucionaria que fué la formación definitiva de la Patria, por el advenimiento á la propiedad de las clases populares, la salvación del territorio, la iniciativa de progresos gigantes en la administración, en la jerarquía de la hacienda, de la beneficencia y de la instrucción pública, en la codificación de las disposiciones jurídicas, etc., se desarrolló en sus poderosas manos y se asimiló profundamente á la sociedad francesa. 7. En suma, la Revolución, haciendo imposibles las condiciones políticas del Viejo mundo y de las dependencias de éste en el Nuevo, marca el advenimiento de una Era nueva; la de la Igualdad civil y la del advenimiento del factor democrático.

## SUMARIO DE HISTORIA CONTEMPORANEA.

### I. Los acontecimientos culminantes.—II. Los Progresos.—III. Los Problemas.

#### I

El advenimiento de la América latina á la Historia (1), la organización del régimen parlamentario en Europa (2), la crisis de la Federación americana (3), la unificación de Italia por la destrucción del poder temporal del Papa (4), la resurrección del imperio y de la hegemonía germánica bajo el rectorado de Prusia (5), la formación y consolidación definitiva de la República francesa (6), el desmembramiento del imperio turco por la presión de un enorme imperio eslavo (7), son los hechos que culminan en la historia contemporánea.—Nada diremos ni del primero ni del tercero, porque en nuestro manual de historia americana les damos el debido desenvolvimiento, así como á la parte de historia europea ligada íntimamente con ambos (invasión francesa en España, 1808; invasión francesa en México, 1863); sólo trazaremos un rápido sumario de los otros.—*Régimen parlamentario*: Nacido como un movimiento de reacción contra el cesarismo de Napoleón y contra la incapacidad de los absolutismos europeos de luchar con él, exceptuando en donde se hizo un llamamiento á los pueblos removidos por las ideas revolucionarias prometiéndoles emancipación, el régimen parlamentario comenzó á establecerse en Europa, primero en forma de concesión del soberano al pueblo, como el gobierno de la restauración en Francia; después de la conmoción general de 1830, cuyo foco fué Francia también, como contrato entre el pueblo y el rey, pero con base electoral restringida; al fin, cuando la nueva revolución francesa de 1848 tomó un carácter socialista y anárquico, el régimen parlamentario cayó en descrédito y el cesarismo, producto de la descomposición social, reapareció en Europa, fascinándola con su séquito de opulencia y bienestar físico, especie de materialismo político; la libertad política sufrió así un eclipse en el mundo civilizado en virtud de la ley de imitación, importantísimo fenómeno general en sociología.—*Unificaciones nacionales*: De los principios de la Revolución surgió esta definición de nación: una agrupación histórica de pueblos, sancionada por la voluntad de los asociados. A la caída de Napoleón el Congreso de Viena distribuyó el mapa político de Europa, sin tener en cuenta este principio; pero él hizo primero la independencia de Bélgica y de Grecia; luego, en manos de un César francés, descendiente del primer Bonaparte, el principio de las nacionalidades se convirtió en la base de la política napoleónica; de aquí vino la expulsión del imperio Austriaco de Italia y como solamente los austriacos mantenían la división de la península, la unificación de Italia, hacía

tiempo verificada en la esfera ideal del pensamiento y la poesía, se verificó y se consumó, suprimiendo una institución de diez siglos, el poder temporal del Papa, en tales condiciones, que para ser restaurado necesita la muerte de algunos centenares de miles de hombres, el cambio total de la carta del mundo y la restauración de una orientación política igual á la medio-eval. Mas con el principio de las nacionalidades libres surgió en los cerebros metafísicos de germanos y eslavos el principio de las nacionalidades etnográficas, la unión de grado ó por fuerza de todos los pueblos de la misma raza; y consecuencia indeclinable de esta idea fué que el reino de Prusia, que después de Napoleón I realiza más que nunca el sueño de Federico el Grande, es decir, una nación que es un ejército mandado por un jefe hereditario, conquistara los pueblos germánicos á expensas de Dinamarca, de Austria, expulsándola de la confederación germánica y de Francia, arrebatándole sus provincias alemanas de origen, aunque francesas de alma.—*La República francesa*: De la espantosa conmoción causada por la resurrección del imperio germánico, y como si Francia vencida y mutilada, buscara en los orígenes de su historia de pueblo uno y libre é indivisible, la fuerza para reparar su desastre, surgió la República como una transacción entre los partidos, creció como una necesidad imperiosa de la democracia, llegada á la plena conciencia de sí misma, y se mantendrá como la forma de gobierno á que forzosamente convergen todas las corrientes de la historia general.—*Panslavismo*: El mismo principio de las agrupaciones étnicas ha hecho nacer una vaga aspiración primero, una literatura después y una agitación profunda finalmente que tiende á reunir todos los grupos eslavos, diseminados en los imperios turco, austriaco y germánico, bajo la hegemonía de Rusia; de aquí un conflicto latente ú ostensible en el oriente europeo; la península balcánica emancipada por Rusia de Turquía y dividida en reinos eslavos independientes, por la presión de Europa, es un campo de conflictos de influencia, que preludian á los armados, entre Rusia y Austria, que como ha ligado su suerte á Alemania é Italia (la triple alianza) ha colocado al imperio moscovita en la necesidad de contrapesar colocando en el otro platillo de la balanza su espada y la de Francia. De todo ello resulta no un estado de paz armada, sino de guerra virtual más bien, que cuando llegue al punto de sobresaturación militar el ambiente europeo, estallará.

#### II

Los fenómenos característicos del progreso en nuestro siglo son tres: la constitución definitiva de la serie fundamental de la ciencia (1), el movimiento uniformemente acelerado de los progresos particulares (2) y el advenimiento del período industrial de la civilización humana, debido á la ciencia. 1. El fenómeno vital, irreductible á las leyes de la química orgánica, ha encontrado su ley fundamental en la evolución, y la Biología ha quedado constituida en la primera mitad de nuestro siglo; sobre bases biológicas se reconstruye en

nuestros días la Psicología, puesto que los fenómenos espirituales íntimamente conexos con los biológicos, son totalmente distintos de ellos, y la Sociología, que considera á las sociedades como organismos vivos. Cada una de estas ciencias ha sido preparada por el avance general de las fundamentales y de todas las ciencias concretas que en ellas se fundan. Muchas de las secundarias han precedido al nacimiento de la fundamental, como la Economía respecto de la Sociología, á reserva de reorganizarse después sobre ella. 2. Cada una de las ciencias, en posesión de su método propio, avanza sin cesar y da nacimiento á nuevas ciencias que la diferencian y á síntesis particulares que la integran; así, en astronomía, v. g., la síntesis de Laplace representa la integración, y la aplicación de los nuevos recursos de observación, como el espectroscopio y la fotografía sideral, representan el otro término. La teoría de la unidad de las fuerzas físicas y la gigantesca extensión del campo de acción de estas fuerzas y aun el descubrimiento de nuevas propiedades de los cuerpos; la teoría atómica y el descubrimiento de nuevos elementos irreductibles en la materia; la doctrina transformista y el abismo de hechos imprevistos de la microbiología; la ley de la asociación de las ideas ó la teoría de las ideas-fuerzas y los fenómenos físico-psíquicos; la evolución orgánica de las sociedades y la multiplicación de los datos históricos, antropológicos, lingüísticos, etc., representan esos mismos términos de integración y diferenciación en las ciencias fundamentales. Esto, multiplicado por el mismo fenómeno en cada una de las ciencias especiales, representa el avance de la adquisición científica pura. 3. La ciencia, multiplicando indefinidamente el esfuerzo por medio de sus aplicaciones al movimiento, v. g., ha transformado, agigantándolo, el trabajo humano; ha creado en proporción necesidades nuevas y ha aumentado progresivamente los grupos humanos que las tienen; este crecimiento de la actividad, proveniente de la multiplicación de los instrumentos de trabajo, hace vivir al hombre más en menos tiempo. Este período, dominado por la ciencia aplicada á todas las manifestaciones de la actividad, lo mismo á la exploración de una mina, que á la cultura del campo, lo mismo á la educación del niño, que á la defensa de una plaza, debe llamarse "*el Período industrial*;" durante la primera época de este período, que es la que atravesamos, el hombre trata de rematar el descubrimiento de la tierra, se empeña en explorarla en toda su extensión, en reducir por el vapor y la electricidad el tiempo y la distancia, en acercar el hombre al hombre para centuplicar el producto de la explotación; todas las fuerzas naturales han sido obligadas á contribuir á este resultado.

### III

Toda la evolución histórica termina en incógnitas; no nos ocuparemos, ni someramente siquiera, en plantear los problemas económico, filosófico y religioso; nos concretaremos con resumir los problemas político (1) y social (2). Ambos son por extremo complejos; procuremos simplificarlos cuanto nos sea

dable. 1. El problema político ó es internacional ó es intranacional; el conflicto latente entre Francia y Alemania en Europa, entre Austria, Rusia ó Inglaterra en Turquía; la cuestión de si Asia será rusa, inglesa ó china, son las fases más salientes del problema internacional europeo en la actualidad. La situación de los países conquistados dentro de las naciones conquistadoras, de Irlanda dentro del reino Británico; de los países helénicos dentro de Turquía; de Alsacia, Lorena y Polonia, dentro del imperio alemán; de Polonia en Rusia; de los eslavos é italianos en el imperio Austro-húngaro, es uno de los aspectos del problema político intranacional; en este pueden clasificarse también la situación de la India respecto de Inglaterra y la de Cuba respecto de España. Durante nuestro siglo tienden á completar su evolución las nacionalidades esbozadas al principiar la Edad Moderna, de tal suerte, que por un fenómeno singular, la lucha por la vida entre los grupos humanos, á medida que las ideas y las mercancías circulan más entre ellos, ha tomado proporciones más trágicas y el particularismo nacional se ha acentuado más y más; de donde viene el inmenso aparato de defensa mercantil y militar de cada nación respecto de las otras. Aún tiene otro aspecto de capital interés el problema político; en todos los países de civilización europea, el hecho trascendental por excelencia, es la ascensión incontenible del elemento democrático; el sufragio universal, la instrucción obligatoria, el servicio obligatorio, son, lo mismo entre los eslavos, que entre los germanos ó los latinos, conquistas seguras y cuestiones de tiempo; no en todas partes en la misma forma; el fenómeno quedará modificado por el temperamento de cada pueblo, no será lo mismo en Inglaterra que en Rusia, pero será. Mas toda democracia tiende al autoritarismo absoluto ¿cómo poner un límite inviolable al poder de las mayorías populares? ¿Cómo conciliar la democracia con la libertad? Por este punto el problema político se convierte en social. 2. Aunque se puede decir que todo el trabajo de la civilización, y esta es otra deuda del mundo moderno á la Revolución francesa, ha tendido en nuestro siglo á mejorar la suerte de la población industrial, también es verdad que la constitución de las industrias magnas, el pasmoso crecimiento de la población obrera, la absorción de todo trabajo por centros de industria poderosos y la desproporción inmensurable entre el producto del capital para el dueño y el del trabajo para el operario, ha producido una situación preñada de amenazas para el porvenir de la cultura humana. En suma, la clase media industrial tiende á desaparecer y el desequilibrio entre el capital y el trabajo se hace formidable. Los economistas buscan el remedio en la justicia, en la libertad, en la multiplicación de las asociaciones. El mundo obrero lo busca en el triunfo definitivo de la democracia, del número, en su triunfo, para encargar no á la libertad, sino al Estado, de destruir todo lo que existe y zanjar la lucha entre el capital y el trabajo haciendo de ambos una misma cosa; utopía de igualdad impuesta por el más terrible de los despotismos, y efímera naturalmente, pero capaz de hacer naufragar en sangre al progreso humano. Las luchas sociales, las soluciones momentáneas,



basadas en la creación de imperios coloniales, la competencia entre el trabajo asiático armado del útil científico y mucho más barato que el europeo, y éste, cerrarán la primera época del período industrial; el segundo período será americano; en América los problemas son formidables también, aunque tienen otro carácter, porque consisten en cuestiones de falta de población ó de sobra de población heterogénea, es decir, que son problemas demográficos, que pueden resolverse dentro de la misma América, en sus tres cuartas partes aún no explotada por el hombre. Si el progreso se eclipsa en un mundo resucitará en otro; creamos en él.

FIN.

## ÍNDICE DE MATERIAS.

### INTRODUCCIÓN.

#### TIEMPOS PREHISTÓRICOS.

	Páginas.
Edad antigua de la Piedra.....	7
Edad neolítica. Orígenes de la civilización.....	10
La metalurgia.....	11

### ANTIGÜEDAD.

#### LOS PUEBLOS ORIENTALES.

##### LOS EGIPCIOS.

1. La Escritura.....	12
2. Los Anales.....	13
3. La Cultura.....	16

##### LOS KALDEOS Y ASIRIOS.

1. Resumen histórico.....	17
2. Cultura .....	19

##### LOS HEBREOS.

1. La Biblia .....	21
2. La Historia y la Religión .....	22
3. El Destino .....	25

##### LOS IRANITAS.

1. Orígenes.....	29
2. El imperio Meda.....	30